

DE LA ILUSTRACIÓN A LA REVOLUCIÓN

Pablo GONZÁLEZ-POLA DE LA GRANJA
Profesor de Historia Contemporánea
Universidad CEU San Pablo
Teniente Coronel en la Reserva

El planteamiento de esta conferencia pretende responder, lo más acertadamente posible, al encargo del director de estas jornadas en torno al ilustre marino José de Mazarredo. Al ser la primera del ciclo entiendo que se pretende trazar un contexto histórico que nos permita encuadrar a Mazarredo en el momento exacto de su tiempo.

De esta forma ustedes podrán comprender perfectamente el ambiente en que vivió y las características que determinaron tanto su personalidad, como su inteligente trabajo en la Armada española. Detalles que verán en las siguientes conferencias de este ciclo.

En este sentido no podía ser más acertado el título de la ponencia que se me ha encomendado: *De la ilustración a la revolución*, porque, en efecto, la vida de José de Mazarredo se desarrolla con increíble exactitud entre los límites de tiempo que marcan ambos periodos históricos. Nace en 1745, un año antes de la muerte de Felipe V, el primer Borbón de la dinastía de origen francés que habría de desarrollar en España los principios básicos de la Ilustración en base al llamado despotismo ilustrado.

Fernando VI, hijo del anterior, responde al prototipo de monarca ilustrado de su tiempo, propiciando además un periodo de paz que favorece el movimiento reformador impulsado en todo momento por políticos ilustrados como el marqués de la Ensenada, Ricardo Wall o el conde de Aranda.

El apogeo de la ilustración es España llega con Carlos III, quien sustituirá en el trono a su hermano Fernando, muerto en 1759, justo el año en el que Mazarredo ingresa en la Escuela de Guardiamarinas. Comienza aquí la formación y forja de una personalidad que se adaptará perfectamente al espíritu abierto de su tiempo, conformándose como uno de los principales representantes de esa estirpe de marinos ilustrados que en el último tercio del XVIII habrían de contribuir no sólo a la gran transformación técnica de la Armada, sino a la de España en general, como veremos a lo largo de esta conferencia.

Calificado por el general Cervera Pery como *el reformador* (1), sobre todo por su trabajo en la nueva redacción del Cuerpo de Ordenanzas Generales de la Armada, por encargo del rey Carlos IV, Mazarredo murió en 1812 justo el año en el que las Cortes de Cádiz proclamaban su revolucionaria Constitu-

(1) CERVERA PERY, J.: *La Marina de la ilustración*. San Martín, Madrid, 1986, pp. 226 a 232.

ción. Precisamente la declaración de que la soberanía reside en el pueblo y no como hasta aquí en el monarca, es la clave y culminación del modelo español de proceso revolucionario.

Por tanto, si pretendemos trazar el contexto social y científico en el que se formó y desarrolló su trabajo José de Mazarredo, para crear el ambiente propicio que nos permita entender mejor su importancia en la historia de la Marina y de España en general, yo les propongo que sigamos el siguiente esquema de trabajo:

1. Características de la ilustración en España
2. Aportación militar a la ilustración española
3. El plano inclinado hacía la revolución
4. El legado revolucionario y las fuerzas armadas

Me interesa explicar que la introducción del último punto es de especial interés, desde mi punto de vista, para interpretar correctamente el papel del Ejército y la Armada, aunque ésta en menor medida pero más de lo que se piensa, en la historia política española de los siglos XIX y XX.

Por desgracia el abandono al que han sido sometidos los estudios de historia militar en España, nos han privado de un interesante debate científico tal y como ha sucedido con otras especialidades historiográficas como la historia económica, la social, o la cultural.

Características de la ilustración en España

Lo que conocemos como ilustración para representar la principal característica del siglo XVIII, es un movimiento intelectual muy arraigado en Europa que se desprende, según el profesor Palacio Atard, de los rasgos propios de una forma de gobierno que se ha dado en llamar despotismo ilustrado.

El despotismo ilustrado tiene en la corona francesa uno de sus principales valedores y es preciso tener en cuenta que no es una doctrina política, sino una forma de gobierno que habría de marcar fundamentalmente la segunda mitad del siglo XVIII en Europa y que tuvo en España una especial repercusión gracias al advenimiento de la dinastía Borbón al comenzar el siglo XVIII.

Palacio (2) ha definido perfectamente las características del despotismo ilustrado de esta forma:

1. Aceptación común del poder absoluto del rey que, con el apoyo de las doctrinas regalistas tan en boga en esta época es aceptado por el estamento eclesiástico. Éste será el origen del fuerte vínculo entre la iglesia y el trono que se pondrá de manifiesto en España tras la revolución francesa y la consi-

(2) PALACIO ATARD, V.: «De la ilustración a la revolución», en *III Congreso de Historia Militar*. Instituto Fernando el Católico, Zaragoza, 1997, pp. 12-13.

guiente llegada de sacerdotes franceses emigrados, tanto en la guerra contra la Convención, como en la propia guerra de la Independencia. Incluso podríamos extenderlo al propio movimiento carlista.

2. Los políticos que rodean al monarca ilustrado sienten un gran interés por la reforma de la obsoleta administración que en el caso español heredaron de los Austrias. La burocracia que parte del Estado tiende a modelos institucionales centralistas que acaban con el complejo aparato del antiguo régimen. Se anteponen en este punto la racionalización sobre los derechos históricos. Y esta aplicación del sentido común sobre los sentimientos fuertemente arraigados es precisamente la esencia que ha de impregnar todo el movimiento ilustrado. Nadie mejor que Kant lo resumiría con su conocido comentario *ten el valor de servirte de tu propia razón*.

3. En el estilo despótico de gobernar de esta época se observa una clara preferencia de la política económica, que es entendida como garante del bienestar público.

4. La última característica se refiere al marcado interés por la difusión de la cultura en una doble vertiente. Por una parte la que corresponde a la élite intelectual, de la que hablaremos a continuación porque en realidad es la que adopta el verdadero espíritu ilustrado que ha de marcar el siglo en todos los terrenos. Sobre todo en el político debido a que estas élites ilustradas son las que ejercen el poder junto a los monarcas y de este movimiento procederán los que sientan las bases de la revolución. Por otra parte existe en el despotismo ilustrado un marcado interés por la difusión de la cultura popular. Para esto no sólo recibe un fuerte impulso la enseñanza de las primeras letras, sino que además se fomentarán entre las clases populares una enseñanza técnica de los oficios, sobre todo de la agricultura, intentando desterrar todas aquellas prácticas asentadas en la tradición y con una fuerte dosis de superstición. Encaja perfectamente aquí la magna obra del Padre Feijoo bajo el título de *Teatro Crítico*.

Al cultivo de esta cultura de élite, se entregan de una manera entusiasta personas provenientes de los estamentos aristocráticos y eclesiásticos, fundamentalmente, además de algunos sectores de la alta burguesía urbana. Se ponen las bases de esta forma, de este movimiento de pensamiento ilustrado que poco a poco va calando y difundiéndose preferentemente desde Francia y que presenta las siguientes características bien definidas por el profesor Palacio:

1. El fuerte protagonismo de élite del que hablábamos más arriba, deja al margen a los sectores que hasta este momento parecían ostentar la representación intelectual, como es el caso de la universidad con una visión excesivamente escolástica en aquellos momentos, lo que les llevará, incluso, a un claro enfrentamiento.

2. Para los ilustrados el estudio del hombre adquiere por primera vez una dimensión social. La preponderancia de la razón en todos sus planteamientos,

les lleva a la consideración del protagonismo del hombre social por encima de toda circunstancia trascendental bien sea política en su relación con el poder terrenal, como religiosa en su relación con Dios a través de la Iglesia, institución con la que choca, en el caso de España.

3. En el pensamiento filosófico quedan desterrados los sistemas abstractos, la metafísica, lo que llevó aparejado un creciente interés por las ciencias exactas, la *enseñanza sublime*, como decían, es decir las matemáticas, la física moderna y las ciencias naturales. Hay un afán increíble por el conocimiento integral y por eso es el momento de los diccionarios y las enciclopedias como los de los franceses D'Alambert y Diderot y la más temprana del inglés Chambers. En España Santa Cruz de Marcenado trabajaba en un diccionario enciclopédico cuando murió en 1732 en la defensa de la plaza de Orán

4. El optimismo que manifiestan los ilustrados del siglo de las luces está condicionado por «las reformas llevadas a cabo según la razón y consolidadas por la educación» (3). La divulgación, la vulgarización de la ciencia es fundamental para asentar el bienestar de la sociedad y está íntimamente ligada a la idea del progreso de la humanidad.

En España corresponde al reinado de Carlos III que va de 1759 a 1788, el auge del movimiento ilustrado, si bien la llegada a la Secretaria de Estado de Floridablanca supone una ligera ralentización del proceso (4). Sin embargo ya en los últimos años del último de los Austrias y los primeros de Felipe V, se observaba en España un creciente interés por el nuevo enfoque que están adquiriendo en Europa la nueva ciencia, así como los cambios observados en la filosofía o la historia crítica que va poco a poco abandonando su carácter de fábula y se acerca al método científico de la consulta de documentos y la reflexión sobre los mismos.

Aportación militar a la ilustración española

Los políticos ilustrados que se plantean la modernización de España, al comenzar el reinado de Felipe V se dan cuenta que para sus planes de modernización no pueden contar con la universidad. Ésta, excesivamente anclada en una concepción conservadora, como apunta el profesor Balaguer, se dedicaba a la formación, casi en exclusiva de juristas, teólogos y médicos en menor medida (5). De modo que según avanza el siglo, la llamada nueva ciencia se va impartiendo en las escuelas militares que se van formando y curiosamente en los colegios de los jesuitas, cuya expulsión en 1767 supuso la auténtica reforma de la universidad española, al perder el monopolio que

(3) *Ibidem*, p. 17.

(4) Ver a este respecto MARTÍNEZ RUIZ, E.; GIMÉNEZ, E.; ARMILLAS, J. A., y MAQUEDA, C.: *La España moderna*. Istmo, Madrid, 1992, p. 468.

(5) BALAGUER PERIGÜELL, E.: «Los ejércitos y la renovación científica en España», en *Temas de historia militar*, t. 1.º, Madrid, 1983, p. 606.

tenía la Compañía sobre todos los estudios superiores de latín, gramática y arte.

La enseñanza en el ámbito militar se especializa y encuentra una excelente respuesta entre los militares que entienden el estudio como elemento indispensable de su carrera, como un paso importantísimo para su profesionalización, es el caso de marinos, artilleros e ingenieros militares. Coincidiendo con los otros factores claves para este proceso (6) como son la creación del llamado ejército permanente con la creación de regimientos estables tanto en tiempo de guerra como en paz; el cambio de oficio temporal por la ocupación profesional a tiempo completo que además determina toda la jerarquización de la estructura castrense; la reforma del sistema de reclutamiento sustituyendo la antigua leva entre vagos y maleantes por una recluta que instauro el avanzado servicio militar obligatorio y la aparición de los que el profesor Andujar llama el *estamento militar*, para referirse a las relaciones de los militares con el resto de la sociedad civil, iniciándose un cierto aislamiento de esta motivado por una serie de privilegios jurídicos y sociales, fundamentalmente.

Desde el inicio del programa ilustrado que llega en toda su plenitud con la instauración de la nueva dinastía Borbón, los militares pertenecientes a estos cuerpos técnicos no sólo se adaptan perfectamente a la nueva ciencia, sino que participan muy activamente en todas sus manifestaciones, como veremos.

Margarita Gil estableció, entre otras, las siguientes bases de la política científica ilustrada en España:

1. La creación de nuevas instituciones científicas fuera del ámbito universitario.
2. Formación en el extranjero y comisiones de estudio.
3. Contratación de especialistas, científicos y técnicos, en el extranjero, tanto para los centros de enseñanza, como para la nueva industria nacional.
4. Asimilación progresiva de la ciencia que se pone de moda en Europa, fundamentalmente.
5. Se produce una militarización de las instituciones científicas de nueva creación, como consecuencia de la necesaria tecnificación de la guerra (7).

Pues bien, como veremos, la presencia de marinos y militares de tierra es patente en todas y cada una de estos aspectos que señala la doctora Gil.

La entusiasta participación de marinos y militares en el programa científico ilustrado no se ciñe en exclusiva a sus propias instituciones formativas, sino que trasciende ampliamente colaborando en todas las manifestaciones culturales que se desarrollan en torno a éste.

Una las instituciones particulares más representativas del espíritu ilustrado de la época que estudiamos, fueron las llamadas sociedades económicas del

(6) ANDUJAR CASTILLO, F.: *Los militares en la España del siglo XVIII. Un estudio social*, Universidad de Granada, 1991, pp. 28-31.

(7) GIL, M.: «Cultura europea y milicia. Los oficiales de la ilustración en la R.S.B.A.P.», en *Actas del V seminario de historia de la R.S.B.A.P.*, San Sebastián, 1996, p. 267.

amigos del país. Nacidas en Francia como consecuencia del creciente interés por los estudios de economía, bajo el formato de tertulia que poco a poco fue desembocando en auténticas academias para formar fundamentalmente a los aristócratas locales, en España se fundó la primera a partir de la tertulia denominada de los *caballeritos de Azcoitia* (8). Los tertulianos promovieron, en 1765, el «Plan de una sociedad económica, o academia de agricultura, ciencias y artes útiles y comercio, adaptado a las circunstancias y economía particular de la M. N y M. L. provincia de Guipuzcoa». Con el tiempo recibió la denominación de Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, a la que pertenecieron numerosos militares y marinos.

En breve la fundación de sociedades análogas se extendió por toda España y en ellas se enrolaron y participaron muy activamente marinos y militares del ejército de tierra de todas las armas.

Por ser la más antigua nos fijaremos en la Bascongada, a la que perteneció precisamente José de Mazarredo. La sociedad fue fundada por el conde de Peñafiorida, quien por cierto tuvo tres hijos marinos. La idea la expone de la siguiente forma el propio Peñafiorida, «una nobleza instruida y laboriosa pueda llegar a conocer las enfermedades políticas que tienen postrada a su provincia» (9).

La Bascongada llegó a fundar en 1775 el Seminario de Vergara con el que culminó su tarea de instrucción moderna y científica. Mazarredo colaboró muy activamente con este centro, habiendo pertenecido a la tercera comisión de industria y comercio entre 1788 y 1791, además de profesor de la asignatura que coincide con su obra *Tratado de Navegación*.

A la Bascongada pertenecieron otros ilustres marinos de la época ilustrada como José Montouto, José María Lanz o el propio Antonio de Ulloa.

La corona también contó con marinos y militares de tierra en el campo de la formación de especialistas en el extranjero y sobre todo en las expediciones científicas y los viajes que podríamos llamar de espionaje industrial, en ocasiones se fundían ambos objetivos o se añadía el objetivo político. Éste es el caso de la célebre expedición científica hispano-francesa al Perú y otras colonias americanas entre 1735 y 1744 en la que participaron dos marinos científicos que suponen el máximo exponente de la ilustración española: Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Patiño encargó a estos oficiales de la Armada un estudio sobre las condiciones sociales en las que vivían los españoles de América.

A la vuelta de su viaje americano, el marqués de la Ensenada los envía a Europa con la misión de recabar información con la que diseñar su programa de reorganización de la Armada española. Jorge Juan irá a Londres y Ulloa viaja por Francia donde, además de profundizar en la ciencia de las matemáti-

(8) RUIZ TORRES, P.: *Reformismo e ilustración, T.V, Historia de España*. Critica, Marcial Pons, Barcelona, 2007, p. 477.

(9) GIL MUÑOZ, M.: «Marinos ilustrados en la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País», en *Revista de historia naval*, año 15, n.º 57, 1997, p. 10.

cas, inspeccionará los principales arsenales, minas y demás industrias relacionadas con la marina de guerra (10).

De estas expediciones científicas también participó nuestro José de Mazarredo acompañando a Juan de Lángara a bordo de la fragata *Venús* en el archipiélago filipino, con objeto de medir las distancias lunares.

Las expediciones ilustradas terminaran con el célebre viaje de Malaespina en 1788, proyecto que además de científico con la participación de las academias de ciencias de Londres, París y Turín, tenía el mismo fin político que la de Jorge Juan.

Menos conocido, pero no menos interesante fue la comisión en el extranjero que desarrolló el cirujano de la Armada Juan Manuel de Arejula formado en el prestigioso Colegio de Cirugía de la Armada fundado en Cádiz en 1748. Arejula fue enviado, junto con otros dos médicos de la Armada, a París con objeto de aprender química con el prestigioso especialista Fourcroy. Al poco tiempo Arejula se había convertido en uno de los más reconocidos partidarios de la revolución metodológica química de Lavosier. Al terminar su misión en Francia, Arejula marchó a Londres con objeto de encargar y supervisar la colección de máquinas e instrumentos con los que habría de trabajar y enseñar en el Colegio de Cirugía. En el oficio que el ministro de Marina Valdés envía a sus superiores le dice lo siguiente sobre lo que Arejula debe hacer en Londres:

«cuan conveniente sería que mientras los artistas de esta ciudad concluyen los instrumentos y máquinas que les ha encargado para el laboratorio..., pudiese recorrer algunas minas de este reino y particularmente las de carbón de tierra y las de estaño para presenciar los trabajos manuales en ellas y observar el modo de extraer el alquitrán de las primeras; como también que a su regreso a España pasase por Montpellier para ver aquella Universidad y examinar el método que tienen en sus cercanías de purificar el crémor tártaro y hacer el albalde...» (11).

Por lo que respecta a la contratación de científicos en el extranjero fueron muchos y de gran talla los que aceptaron la invitación de trabajar en España: el irlandés Boewes o los franceses Chabeneu y Dombey. No fue posible que viniera el naturalista Linneo, quien mandó a su discípulo Loeffling (12). Sin duda la estrella de las contrataciones de cerebros de la época fue el químico francés Louis Prust, quien llegó a España en unas circunstancias en las que merece la pena reparar para darse cuenta del interés con el que los ilustrados trabajaban entonces.

(10) *Ibidem*, p. 13.

(11) BALAGUER PERIGÜEL, E.: «Los ejércitos y la renovación científica en España», en *Temas de Historia Militar*. Servicio de Publicaciones del EME, Madrid, 1983, pp. 609-610.

(12) *Ibidem*, p. 608.

En el programa dieciochesco de reforma de la Armada española, uno de los principales problemas lo constituía la mala calidad de las piezas de artillería embarcada. De nada valía poseer buenos navíos de guerra, si los cañones de fabricación nacional tenían problemas por su defectuosa fabricación en la colada o en la mezcla de minerales con los que se fundían en las fábricas de la Armada entre las que sobresalían las santanderinas de Liérganes y la Cavada. Volvemos a encontrarnos con Mazarredo quien ante este problema aconseja a Pedro de Castejón, a la sazón ministro de Marina, la financiación en el Seminario de Vergara, que como vimos dependía de la Sociedad Bascongada de Amigos del País, de dos cátedras, una de mineralogía y «ciencias subterráneas» y otra de química y metalurgia (13). Se trata de un claro ejemplo de lo que ahora llamaríamos colaboración empresa-universidad, aunque habría que hablar, eso sí, de universidad privada, pues, como vimos el Seminario de Vergara nació frente a la inoperancia de la universidad estatal.

Pues bien para ocupar la cátedra de química del Seminario, llegó a Vergara el 2 de noviembre de 1778 Louis Proust con 24 años cumplidos (14). Posteriormente Prust volvería a París, para regresar al poco tiempo a España para hacerse cargo del laboratorio de química del Real Colegio de Artillería de Segovia, donde realizaría una buena parte de su ingente obra científica. Posteriormente se establecería en Madrid.

La última característica de la política científica ilustrada se refiere a la progresiva militarización de la ciencia en virtud de las necesidades bélicas de la monarquía española en aquella época.

Entre las instituciones de enseñanza militar más importantes creadas bajo esta óptica de la nueva ciencia destacan: la Real Escuela Militar de Matemáticas de Barcelona, fundada en 1716 para la formación de ingenieros militares; las Escuelas Matemáticas de Artillería de Barcelona y Cádiz, creadas en 1751, que se fundirían en 1763 para formar la Academia de Artillería de Segovia; la Academia de Guardia Marinas de Cádiz en 1717 y el Colegio de Cirugía de Cádiz en 1748, también dependiente de la Marina.

Vamos a fijarnos en esta última institución porque puede ser una de las que mejor reflejan el espíritu ilustrado de la época (15). Sobre todo el de su fundador don Pedro Virgili. Este había servido como cirujano en el ejército de tierra donde ingresara en 1724, habiendo participado en el sitio de Gibraltar, entre otras acciones bélicas. En Algeciras conoció a Jean La Combe, prestigioso cirujano francés que había sido contratado por Felipe V para intentar mejorar la sanidad en la Armada. Tras pasar a la Marina como ayudante de La Combe, Virgili amplía sus estudios en París y a la vuelta a España propone a Ensenada la creación del Colegio de Cirujanos para la Armada con sede en Cádiz. Tal y

(13) GIL MUÑOZ: *ob. cit.*, «Marinos ilustrados», p. 16.

(14) GAGO BOHORQUEZ: «Louis Proust y el laboratorio del Real Colegio de Artillería de Segovia», en *La Casa de la Química. Ciencia, artillería e ilustración*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1992, p. 75.

(15) BALAGUER: *ob. cit.*, p. 622.

como ahora ocurre en las facultades de medicina, el Colegio, fundado definitivamente en 1748, quedó adscrito desde el principio al Hospital de Marina de Cádiz. En 1791, con un programa de estudio de cinco años, se autoriza al colegio a expedir títulos de bachiller en medicina, lo que, en la práctica le equiparaba con las obsoletas facultades de medicina estatales.

La instrucción científica de los alumnos más aventajados de Colegio de Cirujanos eran enviados a perfeccionar estudios a París, Bolonia y Londres.

En este ambiente científico se desarrolló una buena parte de la vida de José de Mazarredo, quien, como visto participa intensamente de la misma.

A continuación veremos como la política española se fue deslizando hacia la revolución. Considerando, como decíamos al principio que el proceso español no es como el francés violento. Los liberales aprovecharon el vacío de poder que trajo consigo la invasión napoleónica de nuestro país para arrebatar al monarca la soberanía y entregársela al pueblo.

El plano inclinado hacia la revolución

Desde siempre los ilustrados españoles, que como hemos visto focalizaron la política de prácticamente todo el siglo XVIII, tuvieron en frente a aquellos grupos tradicionalistas que no veían con buenos ojos unas reformas tan rápidas y avanzadas en las que la razón se dirigía a planteamientos peligrosamente liberales. Políticamente estaba representada en la pugna mantenida entre Aranda y Floridablanca, por lo que el acceso de éste a la Secretaria de Estado en 1777 no hizo más que animar a estos grupos de talante tradicional. Por otra parte a mediados de la década de los ochenta, las noticias que llegaban de la Francia revolucionaria eran ciertamente alarmantes y comienza el control de las fronteras para impedir la llegada de panfletos y demás propaganda revolucionaria, al tiempo que se reactivan los tribunales de la Inquisición.

Pero la clave de todo el proceso que inicia el descenso por ese virtual plano inclinado que hemos trazado se encuentra en el año 1789. Muerto Carlos III en diciembre del año anterior, el 17 de enero de 1789 es proclamado su hijo Carlos IV como rey de España. Una de las primeras medidas que toma el nuevo rey es la convocatoria de Cortes. Pero algo pasó que trastocó todo lo previsto y es que entre la convocatoria de las Cortes Generales el 22 de mayo y su apertura el 19 de septiembre del mismo 1789, ocurre en Francia una serie de acontecimientos que habrían de marcar la historia de este país y del mundo.

Los acontecimientos se sucedieron a un ritmo vertiginoso en el país vecino. La reunión de los Estados Generales el 5 de mayo se transformó al mes siguiente en Asamblea Nacional que pasó a ser Constituyente en julio. El 14 de julio se produjo la toma de la Bastilla y en mismo mes de agosto se sucedieron la abolición de los derechos feudales y la famosa Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

En España estos acontecimientos se vivieron con verdadero pánico por parte de las autoridades políticas que temían el contagio revolucionario, por lo

que Floridablanca se apresuró a clausurar las Cortes el 17 de octubre y dictar las órdenes oportunas para activar la censura en evitación de la entrada en nuestro país de propaganda revolucionaria francesa. Como primera medida se estableció un despliegue de tropas en la frontera con Francia. Se trataba de algo parecido a los llamados controles sanitarios mediante los cuales se disponía a los soldados en uno o dos círculos concéntricos en torno a la población o región en los que se detectaban casos de enfermedad, cólera morbo, fiebre amarilla, gripe, etc. Las tropas impedían todo contacto no sólo de personas, sino también de todo tipo de mercancías. Tan sólo se permitía, en caso necesario, la entrada de víveres esenciales para la vida de los sitiados. En ocasiones, cuando la epidemia era muy virulenta, también se sitiaban las ciudades libre de la peste, para evitar su contagio. Por su parte la Inquisición se empeñó en perseguir a aquellos que introducían en España propaganda subversiva.

En el ámbito político en 1792 se produce la caída de Floridablanca y su sustitución por su eterno rival, el conde de Aranda. Este inició un tímido acercamiento a la Francia revolucionaria hasta que los acontecimientos del mes de agosto en el país vecino, con el asalto a las Tullerías y la detención de Luis XVI volvieron a trastocar todo. Aranda, como buen militar, confiaba en que el ejército revolucionario francés caería estrepitosamente frente a los bien formados soldados de la coalición franco-prusiana. Nada hacía preveer lo contrario. Sin embargo la desorganizada táctica de los desarraigados soldados galos que por primera vez luchaban en nombre de la Patria, arrolló a los prusianos en la batalla de Valmy el 21 de septiembre. España, entonces, se planteó declarar la guerra a Francia.

En noviembre del mismo año 92 y ante la sorpresa de propios y extraños, Carlos IV destituye al experimentado Aranda para nombrar primer ministro a un joven guardia de Corps, Manuel Godoy. Frente a la postura contraria al enfrentamiento con Francia defendida por Aranda, Godoy, se prepara para el conflicto armado al conocerse la ejecución el 21 de enero de 1793 de Luis XVI.

La llamada guerra de la Convención, también conocida como guerra de los Pirineos, puede representar perfectamente el tránsito de la ilustración a la revolución (16), porque en la justificación que diseña Godoy, se plantea la idea del conflicto nacional. Al involucrar a la jerarquía eclesiástica, esta propone una especie de guerra santa identificando el movimiento ilustrado francés con los sucesos revolucionarios.

«El ejemplo más conocido de esta defensa de la Guerra Santa es el del famoso predicador capuchino fray Diego José de Cádiz, autor de *El soldado católico en guerra de religión*, en cuyas páginas se hacía una vibrante llamada a la participación en la guerra contra la *perversa Francia*, encarnación del mal, como obligación moral, garantizando la salvación eterna a quienes en ella cayeran» (17).

(16) PALACIO: *ob. cit.*, p. 11.

(17) MARTÍNEZ RUIZ: *ob. cit.*, p. 568.

Pese a que se tiende a considerar la guerra de la Independencia española como una de las primeras guerras totales de la historia de la humanidad, en la que se ve implicada, como combatiente la población civil, la verdad es que en este sentido fue la guerra de la Convención la que ostenta el primer lugar.

La campaña fue un auténtico desastre para los intereses españoles y a punto estuvo de perderse Cataluña. Por el tratado de Basilea, firmado en 1795, España reconocía a la República francesa y cedía la parte de la isla de Santo Domingo bajo su soberanía.

La propaganda revolucionario se extendió con más fuerza después de la guerra, así como las conspiraciones, que lo fueron a favor de la república como la de Picornell, o contra Godoy, como la del marino Malaespina. Probablemente Mazarredo vio con buenos ojos esta maniobra contra el Príncipe de la Paz, pues es bien conocido su enfrentamiento con este. Mazarredo calificó de inepto y frívolo a Godoy, dimitiendo tras la guerra de su cargo al frente de la Escuadra del Mediterráneo (18).

Comienza entonces Godoy un acercamiento a Francia que se reafirma con el nombramiento en 1799 de Napoleón Bonaparte como primer cónsul de la República. De esta relación se deriva la guerra contra Portugal de 1801, conocida como la *guerra de las naranjas*, saldada con la cesión a España de la ciudad portuguesa de Olivenza. Poco después, en 1805 vendría la batalla naval de Trafalgar en la que se perdió lo mejor de la flota española y parte de los más ilustres marinos de su tiempo.

La política interior se ve marcada por la creciente oposición a Godoy, quien por cierto también era un militar ilustrado. La élite aristocrática ilustrada que antes se agrupada en torno al conde de Aranda se ve apoyada en su conspiración por el príncipe Fernando. La fallida conspiración de El Escorial en octubre de 1807, coincidiendo con la firma del tratado de Fontainebleau, llevó al motín de Aranjuez entre el 17 y el 19 de marzo de ese mismo año. Los sucesos de Aranjuez terminaron con Godoy destituido y preso en el castillo de Villaviciosa y la abdicación de Carlos IV en su hijo Fernando VII.

La descomposición de la situación política española decidió a Napoleón a anexionar a Francia toda España con sus territorios americanos. Comenzaba de esta forma la invasión y consecuente guerra de la Independencia española.

Al inicio de la contienda el ejército regular español se encontraba en unas circunstancias muy precarias. Interrumpido el proceso modernizador de Aranda por sus disputas con Floridablanca, Godoy pretendió hacer una reforma al margen de los altos mandos militares, lo que provocó un rotundo fracaso de las reformas que terminaron siendo muy puntuales.

Además en el momento en que se inicia el alzamiento el 2 de mayo en Madrid, con respecto al ejército regular debemos contar con tres factores que han sido enunciados por el coronel Juan Sañudo (19):

(18) CERVERA: *ob.cit.*, p.100.

(19) Sañudo Bayón: «El Ejército español. El gran olvidado», en *II Seminario Internacional sobre la Guerra de la Independencia*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1996. pp. 179-190.

1. La importante fracción de las tropas españolas ocupadas en ese momento, fuera de España, en otras acciones fundamentalmente de apoyo a Napoleón.

2. La especial circunstancia de los franceses, incumpliendo el tratado de Fontainebleau que no permitía una fuerza de paso hacia Portugal mayor a 100.000 hombres, había rebasado con creces esa cifra y, lo que es más importante, ocupaban las principales ciudades españolas.

Desde luego no habría sido lo mismo si los franceses hubieran iniciado la invasión de España a partir de su territorio, al otro lado de los Pirineos.

3. Por último, hay que tener bien presente que la mayoría de los altos mandos militares eran afrancesados, o no veían con buenos ojos la resistencia ante el ejército mejor dotado del mundo. Éste es el caso de muchos de aquellos ilustrados que habían viajado por Europa y sobre todo por Francia en misiones científicas o de espionaje industrial. Entre ellos el teniente general Morla, o el mismo José de Mazarredo que incluso llegó a ser ministro de Marina en el gobierno intruso de José I.

Las tropas españolas fuera de territorio nacional en ese momento eran las siguientes (20):

- Poco tiempo antes se había enviado al Caribe un núcleo de unos 7.000 hombres para reforzar la débil guarnición de Santo Domingo amenazada por Inglaterra.
- La división del marqués de la Romana enviada a Dinamarca en apoyo de Napoleón, constituida por tres agrupaciones y unos 15.000 hombres, muchos jinetes con sus caballos. Precisamente una de las principales preocupaciones de los estrategas españoles fue la falta de animales para la caballería, que en aquellos momentos era el arma clave para el ataque directo y el aprovechamiento del éxito en persecución del enemigo.
- Las tropas que a finales de 1807 se incorporan a las fuerzas del mariscal Junot en la conquista de Portugal. En Salamanca se unieron 8.000 infantes y 4.000 jinetes españoles, además de las tropas que al mando del marqués del Socorro ocuparon el Algarbe y el Alentejo. Según el general Salas, un total de 23.755 hombres, 2.314 caballos y 44 piezas de caballería (21).

Es decir, más de 45.000 hombres y monturas que tuvieron grandes dificultades para incorporarse al ejército de su Patria y combatir frente a los que

(20) ALONSO BAQUER: «La conducción de las operaciones en la Guerra de la Independencia», en *La Guerra de la Independencia (1808-1814)*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2007, p. 35.

(21) SALAS LARRABAL, R.: «Los ejércitos reales en 1808», en *Temas de historia militar*, t. I. Servicio de Publicaciones del EME. Madrid, 1983, p. 436.

hasta ahora eran sus aliados. Por supuesto no todos llegaron y se perdieron muchos caballos. Las tropas que en ese momento se encontraban en Dinamarca y Portugal constituían algo más del 22 por 100 de nuestro ejército, pero eran de la mejor calidad con respecto al conjunto.

Con este ejército se enfrentó España al mejor ejército del momento. La ayuda de los ingleses y sobre todo la férrea voluntad del pueblo español por luchar por su libertad provocaron la victoria sobre Napoleón, iniciando en España el declive de su imperio.

La circunstancia de encontrarse toda la familia real retenida en territorio francés y la ausencia total de cabeza regidora, provocó la formación de juntas provinciales que poco a poco a poco fueron centralizándose en una Junta Central hasta que en 1810 la Regencia asume el poder y convoca a Cortes Generales que tras reunirse el 24 de septiembre de 1810 proclaman en 15 de octubre la igualdad entre todos los españoles de ambos hemisferios. Tras decretar la libertad de prensa se designa la comisión que ha de redactar la nueva Constitución.

El proceso revolucionario español parecía haber concluido con la proclamación de la Constitución en 1812 en la que la soberanía se asignaba a la Nación, dejando al rey un papel constitucional, pero no fue así porque terminada la guerra y a la vuelta del deseado rey Fernando VII, este se dejó llevar por los absolutistas y acabó con las libertades proclamadas por el texto elaborado por los patriotas reunidos en Cádiz.

Mazarredo moría en julio de 1812 justo cuando las tropas hispano-inglesas derrotaban a los franceses en la batalla de los Arapiles, apuntando ya el final feliz de la guerra para España.

Entre tanto se había producido en España un cambio de mentalidad magistralmente descrito por el profesor Palacio.

«Se producía un cambio en el clima histórico. El hombre de las reformas del siglo XVIII rechazaba la violencia, era el burócrata profesional de una administración estable, el intelectual que ejercía una crítica implacable, pero sometida a pautas de razón, que fiaban el éxito a las vías educativas.

Pero en los albores del siglo XIX, al político reformador de gabinete sucede el conspirador romántico o el demagogo. El espíritu académico de la reforma se transforma en un sentimiento de angustia y prisa. La explosión del sentimiento y la fuerza incontenible de la pasión desbordan los moldes en que los hombres del siglo XVIII habían querido edificar el monumento de la razón. Un nuevo tipo humano se estaba forjando para protagonizar el tiempo de la revolución. El siglo de los ilustrados había terminado para siempre» (22).

(22) PALACIO: *ob.cit.*, p. 20.

El legado revolucionario y las Fuerzas Armadas

Me interesa destacar aquí, como epílogo a este trabajo, como evoluciona el proceso revolucionario y cual es el papel del ejército en este devenir histórico.

Una vez repuesto el absolutismo a la vuelta del rey Fernando VII a España, las principales purgas contra los liberales se produjeron precisamente en el seno del ejército. Fernando sabía perfectamente el proceso que se había producido en el seno de las fuerzas armadas. Nada menos que el nacimiento del liberalismo castrense en torno a los siguientes principios:

1. Muchos de los militares más conservadores habían abandonado las filas del Ejército. Unos por retiro o baja durante la guerra y otros, casi 800 oficiales, como afrancesados decidieron acompañar a José Bonaparte de vuelta a su país.

2. Julio Busquets apunta las biografías de algunos de los 4.000 oficiales que sufrieron prisión en Francia, como Blake, Riego o San Miguel para deducir la fuerte influencia liberal que sufrieron en su cautiverio. Éstos se incorporaron a las filas del Ejército una vez terminada su prisión.

3. Durante la guerra se formaron, con grandes dificultades, una serie de academias que formaron oficiales procedentes del mundo universitario. Nada sabemos de su ideología pero podemos suponerla más abierta que la de los que años antes debían pasar las pruebas de nobleza para ingresar en la institución armada.

4. Sin duda influyó en este proceso la incorporación a las filas del Ejército regular de muchos de los guerrilleros que lucharon en la guerra (23).

Una buena prueba de la supremacía de los valores liberales en el Ejército de aquella época es que una gran parte de los exiliados en la *década ominosa* por Fernando VII, eran militares.

Pese a la purga absolutista se produjeron varios intentos revolucionarios protagonizados por antiguos guerrilleros como Espoz y Mina o Porlier, ya integrados en el ejército regular en la contienda, hasta que el teniente coronel Rafael del Riego proclama el 1 de enero de 1823 la Constitución de 1812 en el sevillano pueblo de Las Cabezas de San Juan. El movimiento revolucionario duraría esta vez tres años. La entrada en España de las fuerzas extranjeras al frente del francés duque de Angulema no encontró apenas resistencia en el pueblo español. La represión que sufrió entonces el ejército le llevó a su práctica disolución.

De nuevo los militares volverán a intervenir para traer la libertad a España en 1868 tras el pronunciamiento del general Prim y el almirante Juan Bautista Topete.

No obstante, siempre quedó en el seno de las fuerzas armadas españolas un sentimiento de ingratitud frente a la fuerte campaña antimilitarista desatada

(23) BUSQUETS, J.: *El militar de carrera en España*. Barcelona, 1984, pp. 58 a 61.

durante prácticamente todo el siglo XIX. Nadie lo expresó mejor que el general López Domínguez en las Cortes durante la legislatura de 1869 a 1870:

«...¿A quien deben SS el encontrarse en este sitio? Al Ejército y la Marina, y después que habéis acudido a él, después que le habéis llamado para defender la libertad ¿Qué habéis hecho? Armar al pueblo contra el Ejército».

Se refiere aquí López Domínguez a la Milicia Nacional, a la que siempre se utilizó frente al ejército. Así lo aseguraba el diputado Argüelles en las Cortes de Cádiz:

«Para afianzar estas precauciones se ha ideado la milicia nacional. El origen del mal existe en el funesto sistema de ejércitos permanentes. Es un axioma que las Fuerzas Armadas es esencialmente obediente. La milicia nacional será el baluarte de nuestra libertad».

Lo que mostraba Argüelles en 1812 con esta comentario era su desconfianza, compartida por muchos de los diputados liberales contra un ejército hasta ahora absolutamente fiel al monarca. Después de la guerra de la Independencia se produce el paso del ejército Real, por y para el rey, al ejército nacional.

Es frecuente que se considere la historia política del siglo XIX como excesivamente protagonizada por un ejército intervencionista que intenta acabar a toda costa con el sistema civilista. Sin embargo el profesor Seco ha destacado lo siguiente refiriéndose al llamado por el profesor Pabón *régimen de los generales*:

«No es propiamente un *régimen militarista*, aunque este lamentablemente pautado por intervenciones militares, y lo mismo cabe decir de la alternativa revolucionaria de Prim. Tras estos militares *comprometidos con la libertad* hay siempre un *movimiento de civiles*; cabría decir que los pronunciamientos del siglo XIX son en realidad pronunciamientos de partidos que utilizan como punta de lanza o como ariete a un general» (24).

Es decir que no es el ejército como tal el que se pronuncia. Precisamente esta institución sufre en sus carnes las consecuencias de tanta intervención debida al exceso de politización en sus filas y los desastrosos efectos que provoca el acumulo de recompensas y ascensos injustificados para premiar fidelidades.

El origen de este llamado a los generales para arreglar las cosas que los políticos civiles no saben hacer, no hay más que recordar la célebre frase de

(24) SECO SERRANO, C.: *Militarismo y civilismo en la España contemporánea*, Madrid, 1984, p.14.

Balmes: «No creemos que el poder civil sea flaco porque el militar sea fuerte; sino que, por el contrario, el poder militar es fuerte porque el civil es flaco» (25), puede estar precisamente en el fuerte protagonismo de los militares ilustrados durante el siglo XVIII. Este protagonismo no sólo fue científico, sino también político. Por ejemplo los capitanes generales, eran a su vez presidentes de las audiencias provinciales.

Una interesante interpretación al régimen de los generales, con su referente en el siglo XVIII, es la que nos presenta Álvarez Junco en su obra *Mater Dolorosa* (26). Según el profesor Álvarez los liberales reformistas perdieron en el XIX el referente de la corona como estímulo, del que gozaban en el XVIII, y no contando tan poco con el apoyo de la opinión pública, encontraron en el Ejército el único sector de confianza que podía ayudarles en su acceso al poder.

Queda de esta forma bien trazado desde mi punto de vista el escenario en el que se desarrolló la vida de José de Mazarredo. Desde mi punto de vista su vinculación al régimen josefino no fue más que una nueva de patriotismo. Un patriotismo entendido desde una perspectiva ilustrada totalmente apartada de una España inculta, manipulada y anclada en el pasado.

(25) BALMES, J.: «La preponderancia militar», en *Obras completas*, Madrid, 1950, p. 569.

(26) ÁLVAREZ JUNCO, J.: *Mater Dolorosa*, Madrid, 2001, pp. 277 y 278.